

la Hispanidad, Jiménez Losantos va a acabar encontrando su refugio en la COPE durante muchos años, desde donde va a poder hacerse con un público cada vez más amplio. Y a la vez ha conseguido rodearse de otras figuras de cierto renombre público, como Pío Moa, César Vidal, Alicia Delibes o el hermano de Jorge Semprún, Carlos. Todos ellos revisionistas del pasado histórico, fatalistas sobre el destino de la patria, y contrarreformistas de cualquier proyecto educativo o político liberal o progresista.

La investigación de Martín se sustenta sobre una cantidad ingente de fuentes primarias y de literatura secundaria. La forma de entrelazar toda esa información para dotar al libro de una coherencia interna, que produce una lectura serena y con inteligentes guiños irónicos, significa una labor intelectual encomiable. La edición del libro, cuidada y exenta de erratas, además del índice onomástico que se añade, produce una lectura muy agradable. Como pequeña observación para una futura edición, sería de agradecer que se añadiera una lista bibliográfica al final del volumen, ya que la información que se maneja es tan vasta, y ha supuesto, con toda seguridad, una investigación exhaustiva en varias bibliotecas y archivos. De este modo podría servir de apoyo a futuras investigaciones.

El libro de Mario Martín no es sólo un libro muy bien escrito y minuciosamente detallado sobre el antiintelectualismo, sino que, sobre todo, es un libro necesario en la actualidad. Como él mismo indica a modo de conclusión, no deja de ser inquietante que muchos de esos discursos pervivan y se sigan transmitiendo a estas alturas. Poder detectar de dónde vienen las palabras nada democráticas y de tendencia destructiva de algunos supuestos intelectuales, debería hacer a los futuros lectores más críticos y precavidos sobre lo que están leyendo u oyendo. Esperemos que la lectura de esta obra impulse una discusión de mayores dimensiones sobre este aspecto hasta ahora descuidado de la historia de España.

Ana Luengo
Universidad de Bremen

GUSTAVO CORNI

Fascismo. Condanne e revisioni

Roma, Salerno Editrice, 2011, 131 pp.

El pasado día 27 de enero, y en el contexto de las conmemoraciones del Día de la Memoria de las Víctimas de Holocausto, el anterior primer ministro italiano, Silvio Berlusconi, volvió a ocupar el centro del interés mediático. En unas inoportunas declaraciones, «Il Cavaliere» exculpaba al dictador fascista Benito Mussolini del exterminio de los judíos italianos, y consideraba la República Social Italiana, más que un experimento ultrafascista, un intento patriótico de salvaguardar la nación de los desastres de la guerra. Más allá del histrionismo de un personaje de ejecutoria tan turbia como Berlusconi, lo que sí interesa constatar es el arraigo entre amplios sectores de algunos de los mitos del revisionismo italiano.

A este análisis de las diversas interpretaciones del fascismo italiano y las querellas historiográficas (y mediáticas) suscitadas ante uno de los hitos fundamentales de la historia contemporánea italiana se dedican las páginas de *Fascismo. Condanne e revisioni*. Su autor, Gustavo Corni, es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Trento y especialista en la Alemania nazi y el estudio del fascismo. Con una notable experiencia internacional tanto en el ámbito anglosajón como en el germano, Gustavo Corni se ha consolidado como uno de los historiadores del fascismo italiano más sugerentes, circunstancia que ratifica su última monografía, *Raccontare la guerra*, un trabajo sobre la experiencia italiana en la II Guerra Mundial y su memoria.

Fascismo. Condanne e revisioni constituye una apretada síntesis que ofrece al lector especializado una panorámica sucinta —pero rigurosa— de los movimientos y vaivenes historiográficos en torno al análisis del fascismo.

El clima de inestabilidad política y reconstrucción nacional representaron importantes obstáculos a la hora de analizar en profundidad el fascismo en la inmediata posguerra, y en cierta

medida coadyuvaron a la génesis de un consenso antifascista en la historiografía italiana. Tal y como analiza Corni, los consensos en torno al antifascismo se sustentaron en tres principales corrientes interpretativas: una de raíz crociana, que contemplaba el fascismo como un accidente en la historia —en términos similares a la «catástrofe alemana» de Meinecke—; otra liberal-demócrata que entendió el fascismo «como desvelamento», como exponente de los males de fondo del sistema político italiano; y una tercera representada por Palmiro Togliatti y establecida sobre un marxismo ortodoxo que caracterizaba el fascismo como expresión del «capitalismo monopolístico di stato» (p. 13). A su vez, la *Resistenza* —como guerra de liberación— se consolidaría como un tema recurrente dentro de la publicística, teniendo al historiador-militante Roberto Battaglia como principal exponente.

Corni analiza la obra de diversos historiadores como Enzo Santarelli, Ernesto Ragioneri, Giampiero Carocci o Giorgio Candeloro, que a partir de los años sesenta apuntalarían el denominado «paradigma antifascista». Pero, pese a la articulación más o menos exitosa de éste, Corni subraya el carácter heterogéneo de la historiografía antifascista y marxista italiana, «*che non è mai stata omogenea e conformista —come vorrebbe una diffusa vulgata; una storiografia ricca, invece, di elementi dialettici, pur riconoscendosi in una comune matrice politica e metodologica*» (p. 47). Una situación de pluralidad lejos de la supuesta hegemonía y monolitismo al que aludiría posteriormente Renzo De Felice.

Y es que como no podría ser de otra manera, una parte importante del estudio de Corni transcurre en torno al análisis crítico de la obra y figura de Renzo de Felice, el gran estudioso del fascismo y principal biógrafo de Mussolini. Un verdadero maestro en el aspecto intelectual, pero también a la hora de tejer una importante red de discípulos, proveerse de un entramado institucional propio —con la revista *Storia contemporanea* como principal referente—, y labrarse una dimensión mediática de alcance interna-

cional. Pero Gustavo Corni también alude a los aspectos menos luminosos, como aquél referido al acopio de numerosos archivos privados, muchos de ellos en régimen de celosa exclusividad, obstaculizando «una corretta e condiziona critica delle fonti da parte di altri studiosi» (p. 54). Al calor de sus principales obras, Corni analiza algunos de los enfoques y conceptos establecidos por el historiador nacido en Rieti: desde la distinción entre fascismo y nazismo, la diferenciación entre «fascismo movimiento» y «fascismo régimen», o el debatido concepto de consenso. Y es que Renzo de Felice sería uno de los principales intelectuales que proporcionaron carta de naturaleza académica a diversos juicios exculpatorios del régimen fascista, especialmente en su polémico *Intrivista sul fascismo* (1975) y en *Rosso e Nero* (1995). De hecho, en este último De Felice proporcionaba una de las claves transitadas por Berlusconi, cuando aludía cómo «Mussolini ritonò al potere per mettersi al servizio della patria, perché solo così poteva impedire a Hitler di trasformare l'Italia in una nuova Polonia» (pp. 115).

Sobre este sustrato sustentado en el fin del gran relato antifascista, Corni rastrea los caminos del revisionismo italiano, tanto en su vertiente más académica, como mediática. Y es que las querellas memorialísticas de la última década del siglo XX se asentaría ya en un panorama post-antifascista, tal y como lo definió Sergio Luzzato, acentuado por la caída del bloque comunista, la crisis política italiana de la década de los noventa y el ascenso de la ultraderecha. En el plano historiográfico el nuevo revisionismo se caracterizaría por la relativización de la importancia histórica de la Resistencia y la intrínseca «cattiveria» (maldad) de unos partisanos ligados a un proyecto igualmente totalitario y dictatorial; la nula distinción ética entre los partisanos y los fascistas de Saló; la consideración de los italianos como víctimas de la guerra y del comunismo; y la caracterización de la dictadura fascista como un régimen político moderado, diferente al nazismo (pp. 77-81). En los últimos

decenios, la progresiva diseminación de una vulgar revisionista amplificada por los medios de comunicación ha acarreado junto a esta banalización del fascismo la victimización del ejército italiano y la recuperación del mito de los «italiani brava gente». Ante esta circunstancia vinculada a los usos públicos (y políticos) de la historia, Corni apela a la profesión y a la medida de los medios para acometer el análisis crítico del fascismo y el antifascismo y su legado actual en la sociedad y en la cultura italiana.

En definitiva, el libro de Gustavo Corni no deja de reclamar la necesidad de ampliar nuestra mirada hacia otros ámbitos historiográficos, especialmente si resultan tan sugestivos como el italiano. Y sobre todo cuando los caminos del revisionismos —también en España— resultan en tantos aspectos coincidentes.

Gustavo Alares López
European University Institute

JULIO ARÓSTEGUI

Largo Caballero. El tesón y la quimera
Barcelona, Editorial Debate, 2013, 965 pp.

El 8 de abril de 1978, en plena Transición, los restos de Francisco Largo Caballero eran trasladados al cementerio madrileño de La Almudena. La prensa de aquellos días reseña la espectacular comitiva que había partido desde Ventas y que aún continuaba saliendo de aquel lugar cuando la cabecera ya alcanzaba la puerta del cementerio. Habían pasado 39 años desde que abandonó España y 32 desde su fallecimiento y posterior entierro, también notablemente concurrido para haber sucedido en París, donde estaba exiliado.

Si, según conocemos, y buena parte de la historiografía se ha encargado de abundar en ello, Largo no tenía ni el talento intelectual de Azaña, ni el talento político de Prieto, ni el talento extraordinario —por las circunstancias en que emergió— de Negrín, ¿qué puede explicar la presencia masiva de tanta gente tanto en 1946 como en 1978? Pues ni más ni menos que su

condición de ser el líder obrero reconocido como «hombre más representativo de su clase» (Llopis *dixit*) durante la España del siglo XX. Y es que, como nos sugiere el autor, Largo Caballero vivió «circunstancias mucho más excepcionales que otros líderes obreros de la Historia» (p. 23).

La gestación de esta obra ha sido muy larga en el tiempo. Ocupa un espacio propio en la biografía personal de Julio Aróstegui, interesado por el personaje desde los años 80, cuando ofrecía una primera semblanza de Largo durante su etapa en el ministerio de Trabajo en los III Coloquios de Segovia —más conocidos como los *encuentros de Tuñón de Lara*— y, sobre todo, con la publicación de *Francisco Largo Caballero: la última etapa de un líder obrero* (Madrid, 1990). Desde entonces, de forma recurrente y más frecuente durante los últimos años, han ido apareciendo a lo largo de su extensa obra diferentes aspectos relacionados con la posición de Largo —como le solía llamar Azaña— en momentos clave de la crisis de los años 30. Se une además la insatisfacción de sus hijas, muy en especial de Carmen Largo, ante lo que ya se había publicado sobre su padre y de lo que Aróstegui era buen conocedor. Así pues, en la última década, la idea de publicar una biografía completa y exhaustiva del personaje, tal como se nos presenta, era el gran proyecto de *opus magnum* del autor. El resultado, casi mil páginas, reducidas desde las mil quinientas originalmente previstas por la inevitable obligación editorial de presentar un libro *comercializable* para el gran público. Éste no podrá entender la dificultad de culminar una obra de este calado, pero al lector especializado no le resultará difícil comprender lo complejo que resulta compatibilizarlo con la actividad intelectual y académica implícita en la vida universitaria. Por eso, el libro se resiente en algunas partes de las idas y venidas al texto, a pesar de la minuciosa tarea homogeneizadora que se ha realizado previa a su publicación.

Así pues, las primeras líneas ya han quedado planteadas: es una obra de gran rigor científico —como todos los trabajos arosteguianos— pero a